

que es aquel corruptible cuerpo por el que tantas veces violó los dictámenes de la razón, y las máximas de la religión. Entónces asaltan á su espíritu aquellas crueles congojas que serian capaces de hacerle morir, si no fuera inmortal. ¿Qué hará en medio de tales y tan acerbos angustias? Ya nada le queda que hacer en este mundo. Llega el momento de salir, que es el principio de la eternidad, y dexa el cuerpo con un forzado y miserable suspiro. Así la naturaleza, que nos echó á todos á este valle de lágrimas, donde entramos llorando con el cuerpo, hace que, gimiendo con el espíritu, se despida del mundo el hombre que le amó.

Muy diferentemente sucede en la muerte del justo. Llega este alegre y sosegado al fin de la vida, que no amó sino para exercitarla en servicio de su Dios, con quien desea unirse establemente: ve cercana la última hora, y su espíritu anhela por dexar la cárcel de su cuerpo, en la que se ha hecho digno de tan inmenso premio; no teme, ántes se alegra de morir; porque cree que la muerte es el medio para que en el último día (1) resucite de la tierra el mismo cuerpo que muere, y vea y goce con sus propios ojos de carne á su Redentor. Esta esperanza cierta, depositada en el seno de su corazón, le hace mirar con rostro alegre la muerte del cuerpo, con la que da principio la vida eterna, que desde luego empezará á gozar su espíritu, y gozará despues eternamente en compañía suya el mismo cuerpo. En esta disposición se exhala tranquilamente el espíritu del justo; y sin saber cómo, se halla de repente en el término de sus esperanzas, y en el colmo de todos los pla-

(1) Job 19.

ceres. ¡Ó contento indecible! ¡Ó bienaventuranza celestial! *Intra in gaudium Domini tui.* Dichoso el hombre que, habiéndose valido en esta vida de la gracia concedida por los méritos del Redentor, ha obrado con ella de manera que pueda volar desde este valle de miserias á los deleytes eternos del paraíso; y desde la compañía de las criaturas á la presencia y vista del Criador.

CAPÍTULO VII.

Cadáver del hombre; y conducta poco piadosa que se suele observar con este despues de la muerte.

Hemos considerado la vida del hombre, ó al hombre miéntras vive peregrino en este mundo mortal; y porque ya hemos llegado á contemplarle en su muerte, ó fin de la vida, vamos ahora á considerar y reconocer la cárcel en que vivía ó estaba preso su espíritu; esto es, vamos á fixar nuestra atención en los despojos que nos dexa en esta vida mortal al volar su espíritu á la inmortal y eterna.

Un hombre muerto ya no es hombre: falta lo que dándole vida le distinguía de lo insensible: falta lo que le diferenciaba de las bestias, y le caracterizaba dentro de nuestra sociedad; en una palabra, falta el espíritu: este ha volado, y nos ha dexado solamente la cárcel en que estaba encerrado: nos ha dexado á nosotros mismos, á los parientes, amigos, compañeros, y á todo lo visible: ha dexado su mismo cuerpo, y ha volado á los espacios que nos son invisibles. Aquí entre nosotros han quedado sus despojos para que nos sirvan de memoria en su ausencia hasta que vayamos nosotros á encontrarle en la region del otro mundo. Si el

el cadáver del hombre queda entre nosotros como despojo y prenda para su memoria, nuestro agradecimiento y humanidad no deben abandonarle á la voracidad de las fieras, sino colocarle en honrado y seguro depósito.

Habiendo dispuesto el supremo Hacedor que, en la ausencia de nuestros hermanos, queden entre nosotros sus despojos; y siendo dogma religioso, muy conforme á la razon natural, que estos despojos deban revivir unidos al espíritu que en la vida mortal los habia animado, ¿qué quieren decir aquel horror y espanto que la vista del cadáver causa á los que quedamos vivos? Mueren el pariente y el amigo; y aquellos, cuya vista formaba nuestras delicias, despues de su muerte, nos dan motivo del mayor horror. La costumbre de ver las cosas grandes, suele quitarles la admiracion, y á las espantosas el terror; mas, ¿quándo la vista de un hombre muerto, por mas que nos acostumbremos á verlo, nos dexa de llenar de asombro, siendo este tanto mayor, quanto mas conocido y amado nos era el difunto? Esto nos dice claramente, que no fué criado el hombre para ver tales espectáculos. Fué la muerte pena del pecado de nuestro primer padre, á quien el mismo Dios se la intimó (1). ¡O muerte, que entraste en los hijos de un padre desgraciado, como pena de su culpa! ¿Quién no te temerá quando vienes representando en tu horrendo semblante el justo furor de la ira divina? ¿Quién no temblará de tu presencia, siendo tu guadaña tan cruel, que no perdonando á ninguno, dexa á la vista convertidos en horroroso espectáculo los hombres que

(1) Genes. 2, 17. *In quocumque enim die comederis ex eo, morte morieris.*

que vivos eran la dulzura y delicias de nuestra sociedad? ¿Qué desengaño no es para los vivos ver en un calvario, ó en los sepulcros, tantos finados, que en el retiro, en el olvido y en el silencio en que estan, presentan todós escritas sobre sí aquellas fructuosas, aunque breves sentencias del Espíritu Santo: (1) *acuérdate de los novísimos: no te olvides...* ¿ayer para mí, y hoy para tí? " ¡O cuántas veces me acaece, dice un sabio (2), entrar en los sepulcros de algunos muertos, y maravillado y atónito de lo que veo, pongo los ojos en aquella figura, meneo los huesos, junto las manos, concierto los labios, y póngome á decir entre mí: mira aquellos pies cuántos caminos anduviéron, aquellas manos cuánto apañaron y guardaron, aquellos ojos cuántas vanidades miraron, párra aquella boca cuántas golosinas se guisaron, aquellos huesos de la cabeza cuántas torres de viento fabricaron, para el deleyte de aquellos polvos y pedregos tan sucios, cuántos pecados se hicieron, por los quales el ánima de este cuerpo por ventura estará ahora penando para siempre! Salgo despues de aquel lugar atónito, y encontrando con algunos hombres, pongo los ojos en ellos, y miro, que estos tambien, y yo con ellos, nos hémos de ver pres-to de aquella manera, y en aquella misma vileza. Pues, ¡ó miserable de mí! ¿para qué son las riquezas, si aquí me tengo de ver tan desnudo? ¿Para qué las galas y atavíos, pues aquí me tengo de ver tan feo?

(1) Eccli. 38, 32. *Memento novísimorum: noli oblivisci... mihi heri, et tibi hodie.*

(2) V. P. Fr. Luis de Granada, primera parte de la Oracion, miércoles en la noche, §. 5.

«feo? ¿para qué los deleytes y comidas, pues aquí tengo de ser manjar de gusanos?» Debemos conocer y confesar, que ninguna cosa suele abatin tanto el orgullo de los mundanos, como la vista de un cadáver, ó de los sepulcros en que se ven mezclados mutuamente, y convertidos en tierra los cuerpos de tantos hombres que en su vida los trataban con el mayor regalo, delicadeza y distincion. ¿Quántos deben su conversion, y aun santidad, á la simple vista de un cadáver? Un San Francisco de Borja debió el desengaño en el de la Emperatriz Isabel: allí vió convertidos en humo, y en la misma nada su gentileza admirada, su magestad respetada, y el temblarla y hablarla todos de rodillas, como si fuera una deidad en la tierra. Un Rancé debió su desengaño y retiro al rigol de la Trapa, á la vista del destrozó que se hizo en el cadáver de una señora hermosa, para encaxarlo bien en el ataúd. No dudó que estos y otros héroes semejantes de santidad, tendrían muchos imitadores si, como ellos, nos aprovecharamos del desengaño que diariamente nos da la vista del cadáver de nuestros parientes, amigos, conocidos, y de los demás hombres. En su vista hallaríamos escrito de bulto, que nuestra vida, como la suya, es un soplo, la qual, siendo brevísima, se nos vende por larga; siendo fea, se nos representa como hermosa; y siendo miserable en sus principios y medios, y mas miserable en su fin, nos engaña y hace creer que es feliz y dichosa. Por tanto, feliz es aquel que va á la casa del llanto, en donde á la vista de los cadáveres entiende su paradero como nos dice el Espíritu Santo (1), y aprende ó piensa en lo que ha de suceder.

(1) Eccl. 7, 3. *Melius est ire ad domum luctus, quam*

Es notable la conducta que hoy se ve practicar con los muertos. Apenas el hombre dexa de vivir, quando huyen sus mas cercanos parientes, y mas íntimos amigos. Aquí, en muchas ciudades de Italia, es tan pronto el desamparo, que no se cuentan dos horas despues de la muerte de un noble, quando se sienten las carrozas, que apresuradamente llevan todos los parientes domésticos á alguna casa de campo, huyendo de la ciudad, como si un terremoto la hubiera de hundir. Generalmente en la Europa huyen mas del difunto los que por parentesco ó amistad le eran mas cercanos; y si no huyen de él, procuran echarle á lo ménos quanto ántes de la casa, ó desterrarle de su vista las pocas horas que le dexan permanecer en ella. Así los hombres se crian con horror á tal espectáculo, que ellos mismos deben hacer en algun tiempo.

No hemos heredado este abandono de la antigüedad, en la que, segun se infiere de la práctica de los egipcios, los cuerpos muertos se conservaban como reliquias preciosas y estimables. No tenía un egipcio en su casa prenda de mas valor, que el depósito de sus padres difuntos. Es de creer que esta costumbre reynase al principio de la poblacion del mundo; porque vemos que los chinos (cuya monarquía es tanto ó mas antigua que la de los egipcios) miran y mantienen en sus casas por varios años los cadáveres de sus progenitores, como una cosa sagrada; llegando á tanto su veneracion, que ha servido de no pequeño impedimento á la propagacion del evangelio en aquellas partes.

quam ad domum convivii, in illa enim finis cunctorum admonetur hominum: et vivens cogitat, quid futurum sit.

No se conservaría entre estas naciones tanto respeto y amor á los despojos de sus ascendientes, si prevaleciera en ellas la mala educacion de proponer los cuerpos muertos como expectáculos de que debe huirse. Ellos miran los cuerpos de sus parientes como memoria y parte de su antigua compañía: los adornan decentemente; los miran sin horror; les hablan con ternura y respeto, y los acompañan con compostura y devoción. ¡O cuánta utilidad traeria á los hombres esta piadosa costumbre, pues les haria oír de las voces mudas de un cadáver la suerte que les espera! Mas las naciones europeas abominan de esta educacion piadosa y útil; de donde proviene generalmente un horror irracional á los cuerpos muertos. Yo confieso ingénuamente, que ya tenia veinte y cinco años cumplidos de edad, y aun no habia fixado jamas (á lo que me acuerdo) la vista en cadáver alguno; y con este horror hubiera quizá seguido, si no me hubiese hallado solo en la asistencia de un hospital de quatrocientos enfermos en Cáceres, á tiempo de la última guerra de España con Portugal. En esta ocasion los difuntos eran cada dia á lo ménos veinte, y la necesaria asistencia, que por caridad debia darles, me desterró de la imaginacion tan perjudicial fantasma.

Á la verdad esta educacion de huir de los muertos, es causa de muchos males: es causa de que no nos aprovechemos del desengaño que nos representa la muerte de nuestros hermanos; y es tambien causa, de que muchas veces seamos homicidas. Porque, ¿quién ignora que por huir de los muertos, por quitarlos luego de nuestra vista, por desterrarlos de nuestras casas (que fuéron suyas), y por darles pronta sepultura, enterramos muchos vivos en realidad, y muertos en apariencia? Bruhier publicó una obra sobre la

in-

incertidumbre (1) de las señales de la muerte: en ella se refieren innumerables casos de haber enterrado muchos vivos que se creian muertos. En todos los países se ven de quando en quando algunos exemplares de estos. En poco tiempo han sucedido tres ó quatro en esta provincia de la Romaña, y recientemente se ha visto en la ciudad de Bolonia volver en sí uno, tenido por muerto, estando ya sobre el féretro en la iglesia, el qual ha sobrevivido quince años. Por esto era loable la costumbre de los romanos (2), que lavaban con agua caliente el cadáver para excitar los espíritus vitales, si aun estaba vivo.

El gobierno es el que únicamente puede precaver este desorden de acelerar la sepultura á los muertos. Para sus providencias debe tener presente que la palidez del semblante, la frialdad del cuerpo, la rigidez de los miembros, y la falta de todo movimiento y sentido, son señales muy equívocas de la muerte, como advierten los médicos. "Es indubitable (dice Winslow, usurpando las palabras de Terilli, en una disertacion sobre la incertidumbre de las señales de la muerte) "que tal vez el cuerpo aparece tan falto de "funciones vitales y de respiracion, que no se dife- "rencia de un muerto. La caridad y la religion piden "de justicia que se establezca un tiempo suficiente pa- "ra que la vida, si subsiste, se manifieste; porque "de otra manera nos exponemos á ser homicidas, en- "terrando los vivos. Si se cree á la mayor parte de "los autores, quando en el cadáver no se sienta cor- "rupcion, es necesario esperar tres dias naturales, ó "setenta y dos horas, para estar seguros de su muerte."

Los

(1) Traité de la incertitude des signes de la mort.

(2) Ennius apud Serv. Æneid. l. 6, vers. 2, 19.

Los médicos antiguos conocieron ser muy fácil la equivocacion de juzgar muertos los vivos, por no sentirse la respiracion. Con ocasion de haber vuelto en sí una muger á los siete dias de muerta aparentemente, se escribió un tratado de la enfermedad sin respiracion (1), que Galeno, Plinio, y Diógenes Laercio atribuyen á Heraclito, y Celso á Demócrito. Si atendemos á la grande semejanza que el mecanismo de nuestro cuerpo tiene con el de los animales, me parece que no debemos extrañar que un hombre vivo se mantenga por algun tiempo sin señales exteriores de vida; porque el liron, el puercoespin, y otros animales, se mantienen así por meses. No pretendo yo, que por causa de dicha semejanza se haya de tener por meses un cadáver en depósito; mas será un acto de justicia natural, y de piedad con nuestros difuntos, el no sepultarlos hasta certificarnos de que estan muertos, si no nos queremos exponer á ser crueles é inhumanos homicidas. Para poner remedio en esto, se podria destinar en cada iglesia una capilla bien guardada de animales carnívoros, ó qualquier otro sitio en que el cadáver, si no daba señales de corrupcion, estuviese depositado tres dias. ¿En esto qué daño ó incomodidad puede haber para los vivos? Si esta providencia es de desear, como tan justa y piadosa, mucho mas se deberia desear otra eficaz que obligase á todas las iglesias á tener los sepulcros embovedados, y que se quitase la inhumana costumbre de enterrar los muertos (como se estila generalmente en España) cubriéndolos de tierra, y aprisionándolos hasta destrozarnos. Por causa de esta usanza, no se cuenta en España casi de ninguno, que despues de una muerte apa-

(1) Tratado intitulado *περί τῆς ἀπνευστίας*.

aparente haya vuelto en sí; porque se suelen enterrar prontamente los muertos; y la manera de enterrarlos es para matarlos, si por ventura estan vivos. Convendria dar sepultura á los cadáveres en sitios descubiertos, que podrian destinarse cerca de las iglesias, las quales muchas veces estan medio apestadas por razon de las muchas sepulturas que en ellas hay. En un lugar descubierto, aunque sea pequeño, no se puede corromper fácilmente el ayre; y para satisfacer al fin de la religion, y á la piedad de los fieles con los muertos, lo mismo es enterrar á estos en lugar sagrado cubierto, que enterrarlos en lugar sagrado descubierto. En varios reynos se ha empezado en estos años á dar providencias para que los muertos se entierren en cimiterios fuera de las iglesias, como se usó por muchos siglos desde el principio del christianismo. He anticipado oportunamente esta reflexion, que propiamente pertenecia al discurso siguiente, en que se trata de los funerales al hombre muerto.

CAPÍTULO VIII.

Funeral al cuerpo, y espíritu del hombre muerto.

La muerte arrebatá al hombre de la compañía y vista de los vivientes sus semejantes, entre quienes no por esto muere su memoria. El hombre mas aborrecido en vida por sus maldades, despues de su muerte se hace comun objeto de compasion; y su nombre, quando no haya sido infame, se suele honrar con el título de buena y feliz memoria. A la respetosa conmemoracion de los muertos, parece concurrir y estimularnos algun derecho natural; pues el uniforme pen-